

CAPITULO XVIII.

SUMARIO.

No quedan más de tres géneros de seres, á que poder atribuir como causa los fenómenos espíritas, los Angeles buenos y los malos.—Por qué no se demuestra que Dios no es la causa de ellos.—No pueden serlo los Angeles buenos y por lo mismo el *Magnetismo* de Brillot es inadmisibile de todo punto.—Se indica que los ángeles malos, Satanas y sus legiones son los únicos á que pueden atribuirse.—Estado actual del mundo con respecto á fe y á moralidad.—Progreso de la materia y retroceso intelectual y moral.—Los espiritistas no aceptan la solución única del problema.—Razones en que se fundan.—Se anuncia que se refutarán estas razones.

No son, pues, la almas de los difuntos la causa de los fenómenos mágicos; no lo son el magnetismo ni ninguno de los agentes físicos, como

la electricidad animal, el *od*, etc., que muchos han puesto en juego; no lo son el sonambulismo, la catalepsia, la letargía, ni ninguna afección morbosa que altere la vida de relación en la criatura humana.

Todos estos agentes y causas son incapaces para explicarlos, y más todavía, para producirlos. Empero los fenómenos tienen lugar, son ciertos; alguna causa han de reconocer, pues no hay efecto sin causa.

Entre los seres no hay más que materia y espíritu. Tenemos derecho ya para desentendernos de la materia que no puede excederse á sí misma. Entre los espíritus no hay más que dos especies y el infinito centro de los espíritus y de la materia, que es Dios. Estas dos especies son los ángeles y las almas humanas; los ángeles buenos y los malos, las almas unidas al cuerpo y separadas.

También tenemos ya derecho para desentendernos de estas últimas. No quedan más espíritus que Dios, los ángeles buenos, confirmados en el bien y en la verdad, y los ángeles malos, obstinados en el mal y en el error.

¿Es Dios la causa de los fenómenos? No debemos entrar en el exámen de esta cuestión, tanto porque no ha habido hasta ahora quien

sostenga semejante blasfemia, cuanto porque, en las comunicaciones y manifestaciones espiritistas en donde se producen los fenómenos, muchas veces se presenta la inmoralidad sin embozo, el error sin careta, y el ridículo á toda luz; y sin sacrilegio y sin declararnos ateos, no podemos hacer intervenir á la Divinidad en escenas que repugnan á sus santísimos é incomprendibles atributos.

Los Angeles buenos confirmados en el bien y en la verdad, tampoco pueden ser sus actores, pues si lo fueran, nada de inmoral, nada de erróneo, nada de ridículo se produciría bajo su influencia. Y ya hemos visto que los espiritistas no pueden ménos que reconocer, á su pesar, que muchas veces los fenómenos tienen esos caracteres, contentándose con atribuirlos en tales casos, á los espíritus corrompidos, amigos del error y á los inclinados á puerilidades, chanzas y chocarrerías. Por lo mismo el "magnetismo" de Billot es inadmisibile de todo punto.

Hé aquí cerrado el gran círculo que debíamos recorrer para llegar y llevar á nuestros adversarios poco á poco, y sin salir del sendero de una razon ilustrada, á la única solucion verdadera. El método de exclusion es infalible

cuando es completo; y en concepto nuestro hemos comprendido todos los supuestos posibles de una manera particular los más importantes, y de una manera general, pero igualmente sólida, los otros.

Uno solo no hemos comprendido, porque no podemos excluirlle. En él está, pues, la única solucion del problema, la explicacion que se busca, por más que nuestra asercion en pleno siglo XIX excite hilaridad y provoque risas en unos, alarmas y escrúpulos en otros.

Ya hemos dejado traslucir la sola solucion posible, la única explicacion aceptable. Seamos ahora que ha llegado la oportunidad, más claros y explícitos. No tenemos inconveniente; lo habriamos dicho de buena gana desde el principio; pero queriamos primeramente preparar los ánimos que, ó ignoraban absolutamente la existencia actual de las maravillas espíritas, ó las tenían por quimeras, indignas de atraerse la atencion de hombres sensatos.

La causa de los fenómenos del espiritismo no es otra cosa más que la influencia demoníaca. Satanás y los suyos, ahora como desde el principio de los tiempos, no se cansan, ya que labran su ruina, de procurar la pérdida del hom-

ebr, impulsados por la más impacable de las iras y la más concentrada de las envidias.

Todo ese aparato con que se presenta hoy el espiritismo es el mismo vetusto de la antigua magia, inutilizado por mucho tiempo en las naciones cristianas, por la ardiente fé de los adoradores de Jesucristo y por su adhesión sincera é inquebrantable á la verdad revelada. El siglo XIX con su descreimiento y con su inmoralidad, con su ódio al Hombre-Dios y su desprecio por las verdades de la fe, le ha allanado los obstáculos y le ha hecho pensar de nuevo en su poder. ¿No ha resucitado el paganismo? No ha resucitado su culto? ¿Cómo sus dioses habian de permanecer sordos y no comparecer al llamamiento de esclavos que se ofrecen voluntarios para que les carguen de cadenas?

Las ponderadas luces del siglo no seran parte á impedir el reinado de las tinieblas; porque las unas siguen cierta direccion y las otras rumbo diverso. Las luces que forman la aureola del siglo XIX son materiales con toda propiedad, y las tinieblas en que asientan su trono y que tienen penetrado su sér, son tinieblas morales que ciegan su razon y aturden su conciencia.

No sabemos por que, aunque tal vez si nos propusiéramos averiguarlo, lo sabriamos; no sabemos por qué, repetimos, el desarrollo indiscreto de la materia, siempre ha significado históricamente apocamiento y miopía intelectuales, retroceso y decadencia, inmoralidad y corrupción crecientes en el orden de las ideas y en el de la moral.

El vapor y la electricidad han avanzado mucho; pero el bien y la verdad han perdido terreno. El paganismo, orgulloso con su Grecia y con su Roma, con sus mármoles y sus broncees, era, sin embargo, un cadáver en putrefacción. El siglo XIX con sus ferrocarriles y sus alambres, con sus máquinas y sus artefactos, no puede ocultar la fetidez interior que le corroe.

Tomad el escalpelo, punzadle, si os place, en el corazon, y vereis como no da muestras de que siente. ¡Es que está ya muerto ó moribundo por lo ménos.

Cuando la materia reina, es precisamente cuando Satanés es el dominador. El reinado del espíritu le aterra, porque el espíritu fué quien le arrojó de las alturas en que fué criado, á los abismos en que le sepultaron su envidia y su soberbia.

Ahora preguntamos nosotros: ¿No es el siglo XIX el reinado de la materia? ¿No es el siglo XIX el que niega la inmortalidad del alma y niega ó duda y pone á discusion la existencia de Dios? ¿No es el siglo XIX el que funda su moral en el egoismo y en los goces sensuales, y su justicia en el número? ¿No es la fuerza el único agente del siglo XIX? ¿No constituye ella su razon suprema? ¿Su política no es un verdadero juego de bolsa? ¿Por qué, si todo esto es verdad, no hemos de ver en él á Satanás, viendo, como vemos, en todas partes sus obras?

Porque no existe, respondeis; porque Satanás es un mito; porque á más conceder es la personificacion del mal, aunque mejor estamos por no ver en él más que una quimera á que dió vida la época de la supersticion, un fantasma con que se ha infundido terror á millares de generaciones cándidas y poco ilustradas; porque Satanás no existe, como afirmáis vosotros los católicos, pretendiendo que comulguemos con una rueda de molino; porque, aun dado caso que existiera, no sería capaz del poder de que le revestís; porque si no hay penas eternas, como no las hay, Satanás es un absurdo; porque..... Ya al refutar todas estas afirmaciones y negaciones gratuitas, tocarémos, para pulverizarlas,

todas las otras á que dais el nombre de razones, y tras de las cuales os guareceis, como tras de la más poderosa de las egidas.

Ya vereis cómo Satanás existe, por desgracia vuestra que le servís. Ya vereis que es capaz de fascinaros con todos los prodigios de la magia; os convencereis de que primeramente os unce á su carro y os arrastra encadenados, y en definitiva os pierde. Ya vereis la realidad de esas penas eternas que negais, no porque pugnen con algunos de los atributos de la Divinidad, sino porque os aterran y escuecen, y son en la vida práctica, las que vienen á derramar una gran dosis de hiel en la copa de néctar de vuestros placeres.

Atendednos, y tal vez con verdadera delicia nuestra, volvais sobre vuestros pasos. Os compadecemos en el corazon, y por esto os buscamos con amor, y estudiamos para convenceros, y trabajamos por ayudaros á vencer los obstáculos con que tropezais. ¡Dichosos nosotros si la semilla que sembramos encuentra con una tierra fecunda ó preparada con el correspondiente abono! ¡Maldito el hombre que confía en el hombre! Desconfiad de vosotros mismos.

En el momento en que llegueis á reconocer que Satanás existe, se encenderá la antorcha de